VARIEDADES.

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE CONSTANTINOPLA.

Construida por Constantino el Grande, en los principios de la cuarta centuria; arruinada después por un incendio en tiempo de Justiniano; reedificada por este Emperador; destruida de nuevo por un terremoto en el siglo VIII, y levantada otra vez por León Isáurico, la iglesia de Santa Irene en Constantinopla, parece haber conservado su primitiva planta después de tantas vicisitudes, aunque se sospecha con fundamento que la primera, edificada por Constantino, fué más pequeña. No es la actual la única iglesia que hubo en Constantinopla dedicada á Santa Irene: Marciano levantó otra á la entrada del *Cuerno de Oro*, y otra había en un paraje llamado Συκέα (higuera); pero de todas ellas, la más importante fué la que ahora estudiamos, dentro de cuyas naves tuvo lugar un concilio célebre. Esta iglesia se encuentra cerca de la ceca real ó casa de moneda, y se halla convertida en armería, y sus edificaciones adjuntas en Museo arqueológico.

Por rara excepción, la iglesia cristiana de Santa Irene nunca estuvo convertida en mezquita, sirviendo, desde hace mucho tiempo, para el uso á que está destinada, de parque ó depósito de armas.

La planta de esta notable iglesia bizantina es un rectángulo prolongado, con orientación de Ocaso á Oriente, dividido el interior en nave central y laterales mucho más bajas, todas ellas cerradas con bóveda y sostenidas por pilares de planta rectangular.

Tiene dos cúpulas de 14,50 m. de diámetro; pero la que podemos llamar principal ó de crucero, es circular, y oblonga la que se halla hacia los piés de la iglesia, en la misma nave central, separándolas un gran arco, así como otro de más anchura continúa la nave hasta la capilla mayor; de modo, que la nave central está formada, después del *narteh*, primero por una cúpula elíptica, que tiene su eje mayor en el sentido de la anchura de la nave, después por un gran arco, que apoya sobre gruesos pilares, luego por la gran cúpula circular, mucho más elevada que la anterior, y después por otro gran arco, tras del cual se encuentra el cascarón del ábside ó capilla mayor. La gran cúpula se levanta sobre un tambor circular, y aparece completamente diáfana, con 20 ventanas de arco semicircular, ventanas cuyos pilares ó macizos van reforzados á la parte exterior por contrafuertes, que llegan hasta el arranque de sus arcos. Sobre las bajas naves laterales se levantan las tribunas del gineceo ó sitio destinado á las mujeres. Los lados Sur y Norte del rectángulo general que forma la planta, están formados por dos grandes arcos, unidos mejor que cerrados por muros, pues estos se presentan casi diáfanos, abiertos en tres órdenes de ventanas, disposición que explica el origen de análogo cerramiento en los templos ojivales. En la actualidad, y temiendo acaso por la conservación del edificio, gran parte de estas ventanas están cerradas; pero puede formarse idea del aspecto de atrevimiento y ligereza que tendría esta iglesia, en la que aparecen suprimidos los muros continuos, sustituyéndolos con órdenes de ventanas sobrepuestas. La construcción de los muros exteriores es de hiladas de mármol y ladrillo alternadas, y ofrece la particularidad de que las uniones ó lecho de la argamasa, principalmente en las de ladrillo, tienen un espesor de 4 á 5 centímetros, y llevan un relieve moldeado en forma, ya de greca angulosa ó ya de meandro. Las cubiertas están resguardadas con plomo y los frontones con tejas.

El interior de este templo, en su decorado, es tan sencillo como majestuoso. Solamente le adornan algunas molduras de mármol blanco fuertemente perfiladas, y las bóvedas conservan todavía, en parte, la rica decoración de mosaicos á la manera bizantina, que las enriquecían. Los antepechos del gineceo faltan hoy, y no pue-

de conjeturarse cómo estarían formados. El narteh (νάρθηξ), ó vestíbulo, tiene también su piso superior á la misma línea que las tribunas del gineceo, piso terminado, en los extremos laterales, por un arco, cuyo vano lo constituye una ventana con un zócalo, sobre el que se levantan dos columnas sosteniendo un friso, y encima otras dos columnas más pequeñas, cuyos capiteles tocan al arco, composición que también explica los orígenes de los grandes ventanales del estilo ojival.

El vestíbulo conduce á una construcción más reciente, donde se ha establecido el Museo arqueológico, de que en breve hablaremos, y el interior de la iglesia está lleno completamente de armas modernas simétricamente colocadas, y que nada ofrecen de particular al viajero, sino el triste convencimiento de que lo único que se encuentra siempre más adelantado en todos los pueblos, es cuanto se refiere á los medios de destrucción y de destrozarse la humanidad en fratricidas é inútiles luchas, que cada vez la apartan más y más de su anhelado perfeccionamiento. ¡Cuándo llegará el día en que el hombre comprenda que el único medio de realizar su misión en la tierra, es enlazarse con sus semejantes por el amor fraternal de su común origen, y acercarse á Dios por las conquistas siempre fecundas de la inteligencia!

En el fondo del ábside encuéntranse también armas que ofrecen recuerdos históricos. Allí está el temido alfanje de Mahomet II, un brazal de Tamerlán, cascos circasianos, estandartes rojos y verdes, de los cuales uno, llamado la bandera de Alí, lleva en el centro tres espadas sobre fondo rojo; cotas de malla, llaves de muchas ciudades conquistadas, y otros objetos análogos, de interés para los turcos, por recordarles sus pasadas glorias. En el vestíbulo encuéntranse también los timbales y las célebres marmitas de los genízaros, grupos de antiguas alabardas, un arco de metal, persa, antiguos cañones y culebrinas, y formando extraño contraste con tan bélico aparato, la antigua campana de Santa Sofía.

En la parte alta ó galería del vestíbulo hallábase colocado, cuando nosotros visitamos aquella artística iglesia, el célebre Museo de los genízaros ó *Elbicél-Ateka*, frase que, literalmente traducida, quiere decir trajes antiguos; museo interesante hoy, que van es-

tos desapareciendo, viéndose sustituidos por el uniforme *nizan*. En aquella colección indumentaria, de más de 300 maniquís, se encuentran los principales funcionarios de los antiguos Sultanes, desde el visir y los ministros superiores, hasta los eunucos negros y blancos, y los oficiales y soldados de los genízaros, trajes todos llenos de variedad, y cuya descripción necesitaría un extenso volumen.

El Museo de antigüedades á que hace poco nos referimos, puede considerarse todavía en formación, á pesar de los esfuerzos de su director, Carabella Effendi, con cuya amistad me honro, y en cuya compañía pasé no pocas horas estudiando aquellos restos de las pasadas edades. Se fundó este Museo en 1869, siendo gran visir Alí Pachá, y es digno de ser conocido el breve, pero bien pensado reglamento que para ello se dió, pues habla muy alto en favor de la cultura de ciertos personajes turcos, demostrándonos hasta dónde podrían llegar en el camino de los modernos adelantos, si no tuvieran que luchar á cada instante con la rémora de los tradicionalistas, que no se toman ni el trabajo de estudiar lo moderno, sólo porque lo es.

Dice así el preámbulo de este notable documento:

«Nadie ignora la alta importancia que tienen las colecciones de objetos antiguos, tanto bajo el punto de vista de los conocimientos históricos, como respecto á las ventajas especiales que producen; siendo estos los móviles que han decidido á casi todos los países á fundar esos espléndidos Museos, donde semejantes objetos, expuestos convenientemente, atraen con justo motivo la admiración de los conocedores en tales materias.

»Así, el Gobierno del Sultán, considerando á su vez la utilidad de tal institución, particularmente en las vastas posesiones otomanas, conocidas por su riqueza en antigüedades, como lo demuestran preciosos descubrimientos hechos en el país, había, hace tiempo, concebido el proyecto de fundar en Constantinopla un Museo, adoptando, entre otras medidas encaminadas al propósito, la de imponer á los que buscan antigüedades, la obligación de ceder al Estado, siempre que descubriesen dos ejemplares de un mismo objeto, uno de ellos. La experiencia, sin embargo, ha demostrado cuán raro es encontrar más de una pieza de un

mismo objeto antiguo, y lo poco que se descubría era además fácilmente sustraido á la vigilancia de la Administración. Por tales causas, todas las medidas adoptadas no han respondido al objeto propuesto, y el Museo en cuestión quedaba siempre en estado de proyecto. El Gobierno de S. M. I., no queriendo continúe así por más tiempo obra de tal importancia, ha encargado, por medio de un Iradé Imperial al ministro de Instrucción pública, la redacción de un reglamento más completo para la búsqueda de antigüedades, y proceder al mismo tiempo á la formación del Museo antedicho. Conforme á esta orden imperial, aquel departamento tiene el encargo de ocuparse en todo lo que se refiera, así á la clasificación, como á la conservación de las antigüedades reunidas ó por reunir en este Museo, y á subvenir á sus gastos mediante un capítulo especial de su presupuesto.»

Véanse ahora sus artículos:

«Artículo 1.° Toda petición de autorización para hacer excavaciones en los Estados de S. M. I. el Sultán, debe ser previamente dirigida al Ministerio de Instrucción pública, y en parte alguna podrán llevarse á cabo sin autorización oficial.

»Art. 2.° Queda expresamente prohibido, á las personas que hagan excavaciones en el Imperio con autorización del Gobierno, en los parajes donde no existan inconvenientes para ello, exportar al extranjero los objetos antiguos que puedan descubrir. Pueden, sin embargo, venderlos dentro del Imperio, ya sea á particulares, ya al Estado si los pidiese.

»Art. 3.° Todo objeto antiguo descubierto en propiedad particular, corresponde al dueño del terreno.

»Art. 4.° Las monedas antiguas, de toda especie, están exceptuadas de la prohibición de exportación, prescrita por el artículo 2.°

»Art. 5.° Toda autorización para hacer excavaciones, se entiende que es para los objetos que puedan existir bajo el suelo. No será permitido á nadie, fuere quien fuere, tocar ni causar desperfectos en los monumentos antiguos de cualquiera clase que sean, y lo mismo en sus accesorios que estén sobre la superficie de la tierra. Los contraventores á esta regla serán castigados con arreglo á la ley.

»Art. 6.° La resolución acerca de las peticiones que, en materia de antigüedades, dirijan las potencias extranjeras, será objeto de un Iradé Imperial especialmente dado, á propósito de la petición.

»Art. 7.° Las personas que posean conocimientos especiales para la investigación y descubrimiento de antigüedades, podrán demostrarlo en el departamento de Instrucción pública, y ser encargadas de hacer excavaciones por cuenta del Estado, obteniendo con tal objeto misiones especiales del Gobierno imperial. Los que se encuentren en tal caso están, por lo tanto, invitados á dirigirse al Ministerio de Instrucción pública.»

No son muy abundantes todavía los objetos que encierra aquel Museo, ni están organizados, como nosotros deseáramos, en un orden científico, á pesar de tener todos ellos su numeración correspondiente, y de haber publicado el ya citado Sr. Carabella un ensayo de Catálogo con algunos de los objetos que juzgó más importantes, impreso en Constantinopla poco después de haber regresado de mi viaje, parte de cuyos trabajos tuvo la bondad de enseñarme antes de que viesen la luz pública, haciéndome el honor de preguntarme mi opinión acerca de ellos y sobre algunos puntos que consideraba dudosos en determinados monumentos. La mayor parte pertenecen al arte escultural, y hay también algunos de artes industriales y mixtas; y precisamente el más notable de todos los objetos que el Museo de Constantinopla encierra, pertenece á las últimas, siendo por su antigüedad, por su simbolismo, por la civilización y el pueblo que representa y por sus condiciones técnicas, monumento de inestimable valor, y que puede asegurarse es, en su género, único en los Museos de Europa.

Consiste en un gran disco ó medallón de plata pura, que mide un diámetro de 44 centímetros, y que tiene representada en su centro, en relieve de una altura de 0,25 m., á la diosa de la teogonía fenicia, Astarté. Lleva collar de oro, tocado de lo mismo, con dos cuernos de 2 centímetros y 3 milímetros de altura, *armillas* ó brazaletes del mismo metal en los brazos y en las muñecas, manto también de oro, sujeto al hombro izquierdo, cubierto de estrellas, y sandalias del mismo metal. Aparece graciosamente sentada so-

bre áureo sitial, sostenido por cuatro colmillos de elefante cruzados; y tiene á un lado el loro mitológico de la India y al otro el ave mítica de Shingala ó Ceylan (*Gallus ecaudatus* de Temminck, *Struthio Casuarius* de Linneo), y debajo del plano en que descansan los piés de la divinidad, dos Métoros, vestidos y tocados también de oro como la diosa, sostienen con cuerdas doradas un tigre y un leopardo. El diámetro del círculo en el cual está sentada Astarté, es de 36 centímetros; y está inscrito en otro de 40, dividiéndose la zona comprendida entre ambos por cuatro medallones de oro de 0,1 m. de diámetro, llevando un pequeño busto de ¿Adónis? y todo lo demás cubierto de menuda labor, en cada una de las cuatro secciones diferentes, formando digno marco para tan notable composición. El tocado de la divinidad lo forma una especie de turbante, sobre el que sobresalen los cuernos simbólicos, y el cabello cae en bucles de diferente, pero simétrica longitud, hasta los hombros, formando una línea mucho más corta sobre la frente. En la mano izquierda lleva el arco, y tiene la diestra levantada mostrando la palma, en actitud hierática. Las carnes todas, excepción hecha de una pequeña parte del antebrazo izquierdo en que falta, están formadas de esmalte verde. A los lados del trono ó asiento de la diosa, se ven dos ¿leonas? también de oro, con collares.

Para comprender esta notable obra de la orfebrería fenicia, cuya exacta copia, debida al inteligente pincel del Sr. Velázquez, hecha directamente del original por vez primera, he publicado en mi *Viaje á Oriente*, lícito ha de sernos recordar algunas nociones de la teogonía india, de la cual derivaron, modificándose en su marcha hacia el Occidente, todas las del Asia central, de la Fenicia, del Egipto, del Africa, de la Grecia y de la Europa, así septentrional, como central y meridional.

En el origen de aquella teogonía encontramos el gran principio de la unidad; aunque desgraciadamente y como resultado de encarnaciones alegóricas y sucesivas, debidas á la intencionada fantasía de la casta sacerdotal, cayó bien pronto en las nebulosidades de la Triada.

En el principio, Brahma, sér eterno y necesario, era el único dios conocido y adorado por el indio; pero después de mil años,

según la leyenda religiosa, una encarnación engendró á Siva, y produjo la adoración del *lingam*. Nueva encarnación produjo en seguida á Vichnu, y del acuerdo de estas tres divinidades provino la trimurti de Brahma, Vichnu y Siva.

Pero esta triada masculina estaba incompleta sin otra triada femenina, y bien pronto la formaron Parasacti ó Sarasvati, mujer de Brahma, Parvati de Siva, y Lacmi, ó la hermosa, de Víchnu.

Emblema de la producción, llevaba ésta en la frente el Lingam, y nacida de la espuma del mar, dió vida á Varas, que como el Eros griego y el Cupido romano, montó sobre un león, llevando el arco en la mano y á la espalda un carcax con cinco flechas, en número igual á los sentidos corporales. Su madre le acompañó llevada por un loro, como la Venus griega, de ella derivada, era conducida por palomas.

Esta última personificación de la triada femeniua, aparece en Fenicia al lado de Melkarte, el gran dios de los descubrimientos y de la fuerza humana, el Hércules de las tradiciones fenicias, y toma el nombre de Astaroth ó Astarté.

Siguiendo en su fantástico, pero profundo simbolismo, la leyenda sacerdotal dice que la diosa, deseando recorrer la tierra, se puso una cabeza de toro á fin de no ser reconocida, y consagró en Tiro una estrella caida del cielo, mito astronómico como todos los de la religión védica, que indica la conjunción del planeta Venus con la luna en el signo de Taurus.

Astarté amó á Adonis (Adón, Adod, Adad, el Señor); pero cazando éste en el Líbano, fué muerto por un jabalí, y sus servidores, con los ciervos y animales monteses que su dueño había domado, y con sus fieles perros, buscaron á la diosa en su templo de Byblos y la noticiaron el triste fin de su infortunado amante.

Cuando en los primeros días de Junio el río Adonis (hoy Ibrahim Nehr, Sandjiak de Trípoli), corría, como corre ahora y correrá siempre, mientras tenga ácido de hierro en su cauce, de color rojizo, decíase que iba enrojecido por la sangre de Adonis, y ofrecíanse en su honor sacrificios fúnebres, que dieron origen á festividades religiosas, convertidas bien pronto en verdaderas orgías y escenas de lúbrica prostitución. Este culto pasó á Antioquía, á Chipre, á Atenas, á Argos, á todos los pueblos de la anti-

güedad, que siguieron en diversos desenvolvimientos la religión védica, y duró hasta el siglo IV después de Jesucristo.

Los cuernos que lleva en el artístico medallón que nos ocupa la figura de Astarté, así se refieren al Lingam, como también á la caza, pues parecen de ciervo, caza de que era protectora aquella divinidad, tanto por sus amores con Adonis, como por representar también á la diosa, que después llamaron los romanos, Diana cazadora. A lo mismo aluden las fieras que sujetan los Métoros, fieras que simbolizan al mismo tiempo los viajes victoriosos del Dionisios indio, ó sea la lucha del hombre con la naturaleza, y el triunfo del primero. El ave mítica de Shingala al lado de Astarté, aparece como emblema de la producción y de la fecundidad.

Anterior probablemente al monumento que acabamos de describir, hállase otro, producto también de un arte oriental, el asirio, monumento que consiste en un trozo rectangular de mármol, de 0,71 m. de alto por 0,47 m. de ancho, dividido en dos compartimientos, superior é inferior. Esta antigüedad babilónica, de procedencia, por desgracia, desconocida, está muy bien conservada, y en la parte superior se ve á un rey asirio sentado sobre su trono, con la espada desnuda en la mano derecha, y ante él un hombre y una mujer en actitud suplicante; escena que así puede representar una petición dirigida al soberano, como una imposición de pena hecha por el mismo. En el compartimiento inferior se hallan sentados una mujer y un hombre, ante los cuales otro se inclina en ademán de ruego. En el marco de este curioso mármol se encuentran inscripciones en caracteres cuneiformes, cuya traducción no estaba hecha, ni nos permitían hacer nuestros escasos estudios en la materia, aun siéndonos conocidos los admirables trabajos de Grotefend y de Burnouf. Estando hoy, gracias á las investigaciones de estos sabios orientalistas, claramente demostrado que en la escritura cuneiforme hay tres sistemas diversos, empleados casi siempre á la vez en los monumentos, el babilónico ó asirio, el medo, y el persa, siendo este último el menos antiguo y más sencillo, sistema que emplea casi en iguales proporciones los trazos verticales y los horizontales, mientras en el medo, los trazos verticales son más raros y el uso del ángulo mu-

cho más frecuente, y el babilónico se distingue por su mayor complicación, y los trazos con inclinaciones varias y aun cruzándose los unos con los otros; y en cuanto al idioma á que responden aquellos caracteres, hallándose también marcadas diferencias, pues mientras las inscripciones persas se refieren á una lengua derivada del Zendico, que se hablaba en Persia cinco siglos antes de Jesucristo, la lengua asirio-babilónica se cree relacionada y formando parte de la misma familia del hebreo, el siriaco y el árabe, es decir, de las lenguas semíticas, es indispensable un estudio profundo y especial de tan complicado ramo de la arqueología, para poder atreverse á intentar siquiera la interpretación de cualquier epígrafe cuneiforme, por sencillo que parezca.

Además de estos importantísimos monumentos, encuéntranse en el Museo de Constantinopla estatuas y bajo-relieves arcáicos y de la mejor época griega. Pertenecen al primer grupo dos estatuas de mujer casi completas, pues están rotas por debajo de las rodillas, que recuerdan por su estilo la estela que se conserva en el templo de Teseo en Aténas, conocida con el nombre de *Soldado de Maratón*, estela que he dado á conocer extensamente en la citada obra y que ilustró con doctísima monografía en el Museo Español de Antigüedades, nuestro sabio y respetado amigo D. Pedro de Madrazo. Las dos estatuas visten una simple túnica muy amplia, adornan el cuello de cada una de ellas cuatro collares, y su cabeza un tocado especial, á manera de los que se encuentran en figuras chipriotas, con las cuales tienen estas estatuas muchos puntos de contacto, sin embargo de haber sido encontradas en Rodosto (Rumelia), así como otras dos cabezas, una de hombre y otra de mujer, con los mismos caracteres artísticos, estando unas y otras esculpidas, no en mármol, sino en una calcárea fácil de labrar, lo mismo que las de Chipre; y ofreciendo también grandes analogías con las del Cerro de los Santos, en nuestra patria.

Entre las esculturas griegas del siglo de oro de aquel gran pueblo ocupa preferente lugar en el Museo de Constantinopla un bajorelieve, procedente de Budrún, en Halicarnaso, encontrado cerca de las ruinas de Mausoleo, y que representa una joven que recuerda la fábula de las amazonas, pues aparece en actitud de

correr, sujetándose con la izquierda mano los últimos pliegues de su traje flotante, y levantando sobre su cabeza con la derecha un hacha, en actitud de combatir. Tan hermosa escultura, que mide 0,55 m. de altura por 0,40 m. de anchura, encuéntrase desgraciadamente cubierta por una especie de patina verde con que la humedad constante del sitio en que estuvo soterrada durante muchos siglos, ha sustituido al hermoso color del mármol en que está esculpida.

Otra de las notables obras de la antigüedad griega que allí se conservan, es un relieve sobre fondo circular rebajado en la forma llamada en términos de arquitecnología *cartucho*, abierto en la superficie de un fragmento arquitectónico de mármol que mide 0,54 m. de altura por 0,48 m. de ancho, cuyo relieve representa á Cleómenes, rey de Esparta, que vivió 520 años antes de Jesucristo; objeto de gran valor que se halla en perfecto estado de conservación, y que, encontrado en Cyzico *(Bal-Kis)*, fué llevado al Museo Imperial por su conservador M. Goold en 1869.

También pertenece al mismo brillante período del arte antiguo una estatua de mármol, representando á Hestia, divinidad de donde provino la Vesta romana. Esta estatua, de la misma procedencia que el anterior relieve, mide 0,86 m. de altura, y es notable por el estudio de pliegues que en el traje de la diosa se encuentra.

No menos importante es otra estatua, también de mármol, de 1,7 m. de altura, hallada en Mytilene *(Midillí)*, y que representa á una hermosa joven de Lesbos, apoyado el brazo derecho en un pedestal y el izquierdo sobre la cadera. El admirable estudio del natural que acusa, así en el desnudo como en los paños, la finura de ejecución, la sobriedad y firmeza al mismo tiempo del dibujo, están revelando en esta notable estatua uno de los mejores períodos del arte antiguo, al que también pertenecen algunas otras obras esculturales que allí se conservan, y de las que no creemos inoportuno dar noticia á nuestros lectores.

Un fragmento de bajo-relieve en mármol de Frigia (1) (Syn-

---

(1) Tuvo entre los antiguos gran celebridad el mármol de Synnada, capital de la antigua *Phrygia Salutaris*, llamada en más remota época Mygdonia, de donde fué desig-

nada Mygdonienses, Eski Kara Hisar), de 0,87 m. de altura por 0,54 m. de longitud, de procedencia desconocida, representando la muerte de Alcibiades.

Cabeza en mármol con corona mural, simbolizando en una hermosa doncella la ciudad de Heraclea, situada en la costa asiática del mar Negro.

Fragmento marmóreo de relieve, representando el combate de Teseo contra los Lápitas, según la tradición legendaria griega, monumento de procedencia desconocida, pero de remota antigüedad.

Otro fragmento, también de mármol, en que se ve á Eros ó el Amor, llevando al hombro la maciza clava de Hércules, símbolo de la fuerza vencida por el amor. Procede de Heracha en el mar de Marmara, la antigua Perintho.

Hermosa tabla de mármol de 0,60 m. de longitud por 0,50 m. de altura representando en relieve muy bajo, indicio seguro de su

---

nada con el nombre de *Synnada Migdoniensis*. En la época romana hicieron tan frecuente uso de él los ricos patricios de la ciudad del Tiber, que los poetas citaron el mármol frigio como emblema del lujo y de la riqueza (Horacio, lib. III, od. 2.—Ovidio, epístola XV.—Tibulo, elegía 3, libro XIII.) De este mármol está fabricado en Roma el Panteón de Agripa, yerno de Augusto, primer emperador romano. Del mismo son también las hermosas columnas de la basílica de San Pablo, *fuori muri*, que estuvieron antes en la tumba de Adriano.

Pablo el silencioso, secretario de Justiniano I, en su historia de Santa Sofía, dice que la tinta general de este mármol era un blanco lúcido, con manchas casi circulares de color rosa y violeta.

Según entraba (Δοκίμιον) una variedad de esta roca, da, en cantidad considerable, mármol de un blanco amarillento de grano fino y muy cristalizado, que sin embargo no ofrece resistencia á la labra, respondiendo á todas las necesidades que se exigen para el mármol de construcción. Este mármol blanco generalmente se encuentra en la superficie de la cantera, y al penetrar en sus capas interiores se le halla veteado ó manchado de azul, lila y violeta. En Europa apenas es conocida esta *calcarea compacta sacaroide* que lleva grandes ventajas á muchos de los mármoles estatuarios y de construcción más renombrados.

En la antigüedad, según el testimonio de Pausanias (*Ática*, lib. I cap. 18), se empleaba frecuentemente este hermoso mármol para las estatuas policromas.

La pequeña aldea *Seid-el-ar* (antigua Docimia) está situada en la entrada de estas canteras á distancia de 2 kilómetros de Eski Kara-Hissar.

Destruidos los antiguos caminos en el Asia Menor es muy difícil designar el punto de la costa donde se embarcarían los prodigiosos monolitos que de aquellas canteras se sacaban para fustes de columnas, y aquellas tablas de tan sorprendente belleza y dimensiones, y que tanto admiraban á Strabon (XII, p. 577).

antigüedad, á Asclepios ó Esculapio, sentado, teniendo á su derecha igualmente sentada á Hygia, que con una copa en la mano presenta un brebaje á una serpiente. Asclepios se apoya en una rama de árbol.

Aunque ya de la época romana, pero de cincel griego, atrae poderosamente la atención del viajero y del artista, en aquel naciente Museo, otro bajo-relieve igualmente de mármol, de 1,86 m. de altura, que formaba parte de un grupo perteneciente al antiguo arco de triunfo elevado por Augusto en Tesalónica, en uno de cuyos lados el escultor había representado la genealogía de Julio César, descendiente de Ascanio, hijo de Eneas, hijo de Vénus, al decir de Virgilio (*Æneid*, I, 286-288):

Nascetur pulchra Trojanus origine Caesar.
Imperium Oceano, famam qui terminet astris
Julius, a Magno demissum nomen Julo.

Y en otro paraje (*Æn.* I, 267, 268):

At puer Ascanius, cui nunc cognomen Iulo
Additur (Ilus erat, dum res stetit Ilia regno.)

Pasajes por donde se ve, que Ascanio llevó también el sobrenombre de Julo llamándose Ilo, cuando Ilión y su gloria fueron, de cuyo nombre tomó César el suyo, como nacido de la sangre más ilustre de los troyanos.

Este Julo, que fué considerado como el fundador de Alba Longa, el padre de la raza romana, el antecesor de Rómulo, el tronco de la Gens Julia, de donde nació Julio César, es el que, en los risueños años de su adolescencia, está representado en el hermoso relieve de puro estilo griego que nos ocupa.

El joven troyano, todavía imberbe, está de pie, desnudo, la cabeza de perfil, vuelta á la derecha, y el cuerpo más vuelto hacia adelante, tres cuartos de frente, revelando en el trazo delicado de sus contornos graciosos y simétricos aquel conjunto de finura, facilidad y energía, cuyo secreto monopolizó el arte griego en la antigüedad. De fisonomía dulce y tranquila, cubierta la cabeza

con el sencillo y verdadero gorro frigio, lleva una ligera clámide echada descuidadamente sobre el hombro izquierdo, cuyo brazo cae á lo largo del torso, sosteniendo una javelina, que apoya en tierra por la parte del hierro, y deja ver la extremidad de un *acinaces* dentro de su vaina, mientras la mano derecha se apoya sobre un ovalado escudo. Nada más sencillo que esta figura; pero pocas obras del arte antiguo reunirán á tanta sencillez mayor encanto.

También es digno de especial mención un relieve marmóreo de los llamados ἡρῶον *(heróon)*, ó monumento funerario, en forma de pequeño templo ó *ædicula*, que lleva un cuadro compuesto de un hombre vestido, una mujer con velo y un niño, los tres de muy poco relieve. Sobre un *triclinium* ó canapé de los usados por griegos y romanos para las comidas, está recostado el primero, elevando el brazo derecho en señal de invocación ó dedicatoria al difunto, en cuyo honor se celebra el banquete fúnebre. Sobre un taburete de tres piés está sentada la mujer, envuelta en su velo, demostrando en su actitud profundo dolor, y en una mesa *tripodiana* que se levanta en el centro se ven varios platos, algunos con frutas, á las cuales tiende la mano el niño, indiferente al dolor de sus padres.

Los monumentos de esta clase tuvieron su origen entre los griegos, y sólo se labraron en un principio en honor de sus héroes deificados; pero después se usaron también por los particulares, como puede deducirse de la abundancia con que se encuentran tales escenas, no sólo en los monumentos funerarios, sino también en los vasos pintados.

A la época greco-romana corresponde una notable y colosal estatua de marmol, de 2,81 m., representando á Quinto Cecilio Metelo, llamado *Creticus*, aquel cónsul romano que en calidad de proconsul clavó las enseñas del Lacio por vez primera en la tierra hasta entonces libre é independiente de Creta, la antigua *Aeria*, así llamada tal vez por los Pelasgos ó Filisteos de raza arya, que la poblaron. Corría el año 686 de la fundación de Roma, 68 antes que Jesucristo, cuando acudió Metelo á vengar la derrota y muerte del pretor Marco Antonio, que en vano intentó impedir que los cretenses ayudasen con sus escuadras á los piratas que infestaban

los mares, aniquilaban el comercio, y llevaban la desolación y la muerte á las costas de Italia, de Sicilia y de Egipto.

Las principales poblaciones de Creta, tales como Gortyna, Knossos y Kydonia, quisieron oponerse al paso del inflexive descendiente de aquellos Metelos que habían conquistado la Sicilia y vencido á los cartagineses, sojuzgado la Macedonia y sometido á Yugurta; pero batidos completamente, tomadas sus ciudades una tras otra, á pesar de la heróica resistencia de sus defensores, vieron por último caer también, al empuje de las invencibles legiones romanas, el último baluarte de su independencia, la plaza fuerte de Hiérapytna, en el centro de cuya plaza fué erigida la estatua altiva del vencedor, como perenne recuerdo de su triunfo y amenaza permanente de la nación triunfante. Esta estatua es la misma que se conserva en el Museo de Constantinopla, habiendo sido enviada á aquel notable depósito arqueológico por Costaki Pachá Adossides, Mutessarif de Lassythi en la isla de Creta, un año escaso antes de nuestro viaje.

Encuéntrase en muy buen estado de conservación, faltándole sólo el brazo derecho, que probablemente sostendría, apoyándose en ella, á juzgar por el movimiento general de la figura, una lanza. Lleva la cabeza ceñida con la corona de laurel y la fálera en su centro, distinción obtenida por su importante victoria, que le valió el renombre de *Creticus*. Viste el guerrero traje de su época, sin que falte ninguna de sus piezas, el *thoracomachum*, el *pectoral*, enriquecido con figuras que representan victorias aladas coronando á Roma, sostenida por la loba legendaria de Rómulo y Remo, y la *lamina aenea*, siendo notables los ricos y adornados coturnos de guerra que calzan sus piés, bajo uno de los cuales tiene sujeto á un joven cretense. Esta estatua, para mayor ignominia de los vencidos, fué costeada por ellos mismos, cumpliendo la orden ineludible del vencedor.

Monumento también de estilo greco-romano, aunque de la época que pudiéramos llamar del renacimiento del arte en Roma, el período de los Antoninos, consérvase también en el Museo que nos ocupa un sarcófago con altos relieves, á cuya composición sirve de asunto la historia de Fedra y de Hipólito. El espacio ocupado por las figuras está dividido en dos compartimientos, viéndose en

uno de ellos á una mujer hermosa sentada, que se vuelve hacia una joven colocada detrás de ella; en un ara se ve á Afrodita con un genio alado. Eros ó el Amor apunta con su arco á Fedra, mientras habla con otra tercera mujer; y en el otro compartimiento de la derecha hay un joven sentado, con la lanza en la mano, que mira á una esclava, la cual se ocupa en colgar en un templo las astas de un ciervo. Todavía se ven otra figura de un esclavo con un jabalí, y un caballo bebiendo en una pila cerca de un último personaje desnudo. Por cima de toda esta composición corre una cornisa jónica sostenida por dos cariátides, que se apoyan en dos pedestales con un perro y una liebre. En el otro frente del sarcófago se ve á una mujer dormida y un héroe en el acto de embarcarse, representando acaso á Teseo y Ariadna, y en los laterales un águila y una esfinge.

Algunas otras esculturas de bronce consérvanse también en aquel Museo dignas de estimación, entre las cuales figura sobre todas la célebre cabeza de la Columna Serpentina, que adornaba el renombrado Hipodromo; una estatua de bronce (0,31 m. de altura) representando á Hermes, el Mercurio de los romanos, en el momento de lanzarse al espacio con un pie sobre un globo, el cadúceo en la mano y la antorcha, actitud en que también se conservan figuras de la misma divinidad en otros museos; otra muy notable (altura 0,72 m.) de Hércules, con la piel del león Nemeo en el brazo izquierdo y la clava en la diestra, procedentes ambas estatuas de Monastir, y varias figuras grotescas representando á Sileno, ó bien sátiros y faunos.

De artes industriales y mixtas hállanse pocos objetos; la cerámica está representada por algunos vasos chipriotas, iguales á los que después adquirí en Lernaca, y otros griegos pintados de figuras rojas sobre fondo negro, que aunque importantes, como todos los de su clase, no ofrecen motivo de especial descripción.

Consérvanse también, de la época griega, un sello de bronce y fragmentos de otros, tan sencillos en su adorno como de buen gusto; espejos lisos; fragmentos de hojas de oro, que en su mayor parte debieron servir para diademas ó adornos de cabeza, todos con dibujos y áun con figuras de escaso relieve, repujadas; y cubiertas de urnas cinerarias de bronce, algún tiempo dorado.

Entre los objetos arqueológicos y artísticos que en aquel Museo se conservan de la época bizantina, son notables, un busto de hombre; el monumento del célebre actor Porfirios, que algún tiempo estuvo en el Hipodromo, cuya escultura, de tiempo de Justino II, lleva en sus cuatros frentes el retrato del afortunado artista, y la representación de la salida de las cuádrigas, de la carrera y del triunfo del auriga vencedor, todo lo cual, aunque ejecutado de una manera verdaderamente bárbara y con total olvido de las buenas tradiciones artísticas, es importante en lo concerniente á su relación arqueológica, pues reproduce fielmente cuadros de una de las costumbres más características de la época á que se refiere, lo mismo que otro bajo relieve representando juegos del circo, de peor dibujo todavía que el anterior monumento, conservado también en aquel depósito de antigüedades; y un bajo relieve que se cree representa á Constante II, en el que se ve con efecto á un personaje que recuerda los bustos y las figuras que se hallan en las monedas de aquel emperador.

Del mismo estilo bizantino consérvanse en aquel Museo, dos grandes sarcófagos de pórfido, uno de ellos completo y otro más pequeño, de *verde antico;* otro sarcófago completo de pórfido; dos de la misma materia, sin sus respectivas cubiertas; una de estas sola sin su correspondiente sarcófago; un fragmento esculpido de otro, en el que se ven representados genios celebrando las vendimias sagradas; y un obelisco también de pórfido. Excepción hecha de éste, todos los demás llevan, por solo adorno, una ó muchas cruces bizantinas, estrecha y sencilla bordura, y el monograma de Cristo. El uno de ellos es de forma oval y los otros rectangulares, midiendo más de 2 m. de largo por 1½ de alto; y las cubiertas en sus dos caras laterales, y por lo tanto más estrechas, figuran frontones de templos dóricos.

Estos monumentos, de gran valor por la materia en que están labrados, proceden de la iglesia de los Santos Apóstoles, fundada por Constantino el Grande para panteón imperial, en el mismo sitio que ocupa actualmente la mezquita de Mahomet II, y se cree sirvieron de sepulcros á Constantino I, y Constancio II, Juliano el Apóstata, Teodosio el Grande, Arcadio, Marciano y

Pulqueria, y que el obelisco perteneció á la tumba de Constantino el Grande.

Además de los monumentos y objetos citados, hay en el grupo bizantino varias inscripciones y epitafios cristianos, ya griegos, ya latinos, y abundantes y curiosos ladrillos, con monogramas de los emperadores reinantes en la época de su fabricación.

Por la noticia que hemos dado de los objetos más notables del Museo de Constantinopla, se ve, que si bien no muy considerables en número, los hay en él de la mayor importancia para la historia de la antigüedad, y algunos que pueden interesar al estudio histórico del arte de Bizanzio en España. ¡Ojalá se cumplieran los deseos de M. Dumont, y se quitase de Santa Irene el depósito de armas que ocupa la iglesia, estableciendo en su lugar un verdadero Museo científicamente organizado! Ningún edificio convendría mejor para ello que aquel templo, único resto de la antigua y opulenta residencia imperial que coronaba en mejores días la primera colina de la nueva Roma, y una de las obras más perfectas y mejor conservadas del primitivo arte bizantino.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.